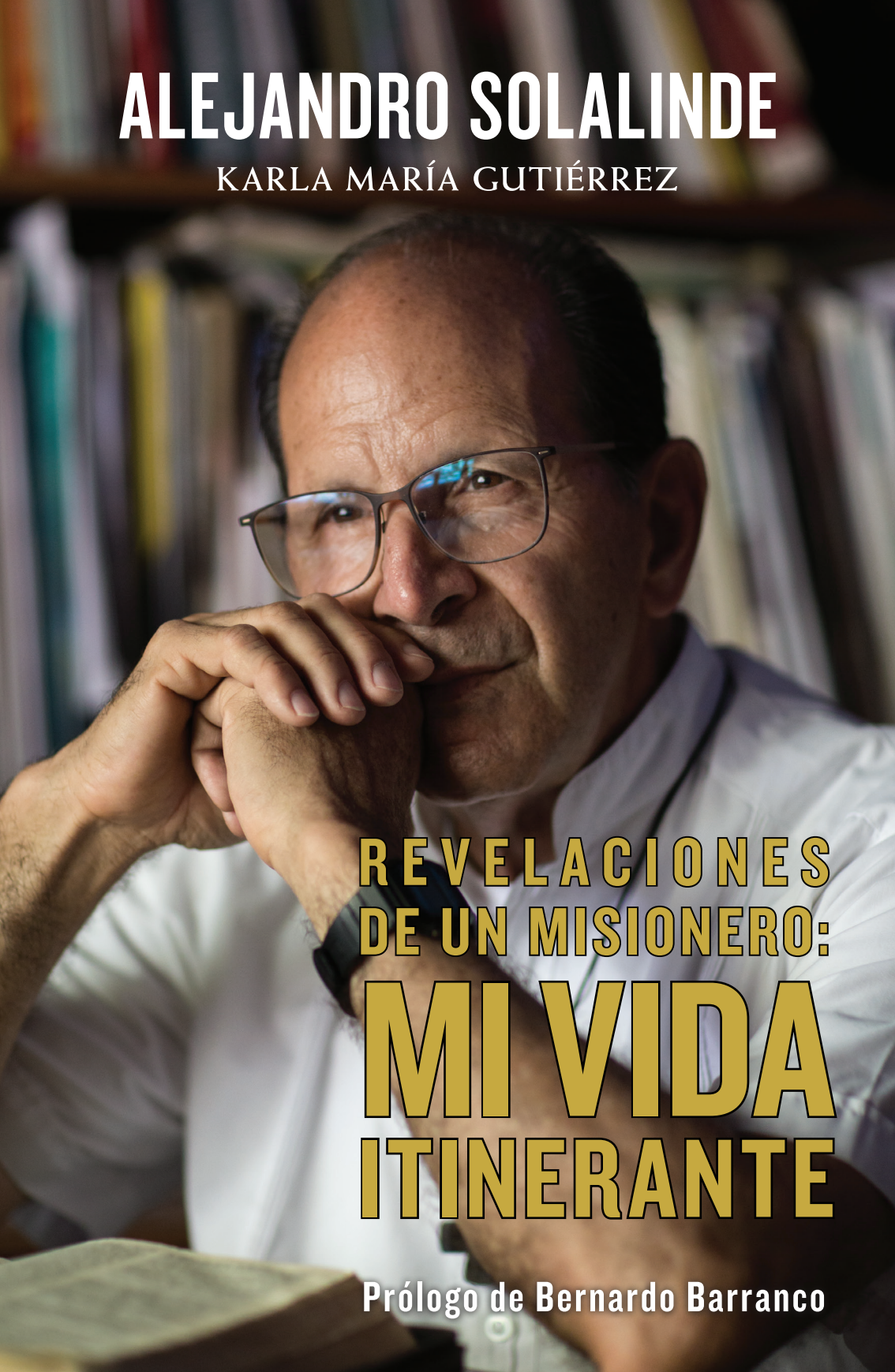


A portrait of Alejandro Solalinde, a middle-aged man with glasses, resting his chin on his hands. He is wearing a white shirt and a dark watch. The background is a blurred bookshelf.

ALEJANDRO SOLALINDE

KARLA MARÍA GUTIÉRREZ

REVELACIONES
DE UN MISIONERO:
**MI VIDA
ITINERANTE**

Prólogo de Bernardo Barranco

Revelaciones DE UN MISIONERO

MI VIDA ITINERANTE

Alejandro Solalinde
Karla María Gutiérrez

 HarperCollins *México*



© 2018, HarperCollins México, S.A. de C.V.
Publicado por HarperCollins México
Tampico No. 42, 6° piso.
06700, Ciudad de México.

Revelaciones de un misionero. Mi vida itinerante

© José Alejandro Solalinde Guerra

© Karla María Gutiérrez López

© Por el prólogo: Bernardo Barranco

© Por las fotografías: Jesús Cornejo

Diseño de forros y pliego fotográfico: Jorge Matías Garnica / Poetry of Magic

Diseño tipográfico y de interiores: Ricardo Gallardo / Mutare

Todos los derechos están reservados, conforme a la Ley Federal del Derecho de Autor y los tratados internacionales suscritos por México. Prohibida su reproducción total o parcial en cualquier forma o medio, incluidos los digitales, sin autorización expresa del titular del derecho de autor.

Todos los comentarios, ideas, opiniones, descripciones y expresiones que aparecen en esta obra corresponden a los autores de los textos y no son responsabilidad de la editorial ni representan necesariamente su punto de vista.

ISBN: 978-607-97959-6-2

Primera edición: junio de 2018.

Impreso en México

A las y los jóvenes que, como Jesús de Nazaret,
se rebelan ante las injusticias, luchan por la libertad
y por ser ellos mismos.

Alejandro Solalinde

A mis padres y hermanos:
Ustedes me hacen bien.
Gracias por tanto, por todo.

Karla María Gutiérrez

Agradecimientos

A todas las personas, especialmente de la Iglesia católica, que durante toda mi vida me han forjado y me hicieron ser el sacerdote que soy.

Alejandro Solalinde

Este libro reúne la voluntad de muchas personas que me permitieron observar, escuchar, acompañar, investigar y redactar. Mi gratitud infinita está con el padre José Alejandro Solalinde Guerra por compartir conmigo su tiempo y su historia. Sin su confianza, generosidad y valentía habría sido imposible escribirlo.

Quiero agradecer de manera muy especial a mi editor Edgar Krauss, por animarme a emprender este proyecto e impulsarlo, su guía en esta travesía resultó invaluable para mí. A Diana Servín, directora de HarperCollins México, por abrirle paso y a Jesús Cornejo por aportar su talento en los retratos.

Fue de mucha ayuda el testimonio de colegas, misioneros, aliados y amigos como Paola Salcedo, Alberto Donis, Manuel Arellano, Raúl Campos, Aarón Cruz, Guadalupe Galván, Raúl Solalinde y Araceli Rosaldo, Erika Solalinde, Vianey Aguilar, Leticia Gutiérrez Valderrama, Guadalupe Rodríguez, Emiliano Ruiz Parra, Bernardo Barranco, Diego Enrique Osorno, Martha

AGRADECIMIENTOS

Izquierdo, Óscar Martínez, Marcela Zamora, Carlos Castillo Urrutia, José Arellano, Alicia Quiñones, Arnoldo Mosca Mondadori y de los migrantes Abraham, Iris Margot, Edward José y Gonzalo, ejemplos de esperanza y coraje.

Es vital el aliento de mi amada familia. De mis padres Manuel y Juanita, quienes son una escuela de amor, fe y bondad. Y de mis hermanos: Fabiola, por creer en mí y sumar su valioso conocimiento. Alejandra, por su solidaridad, dulzura y colaboración incondicional. Juan, por acompañarme con su nobleza en la andanza y Jesús, por su ternura y apoyo imprescindible. Aprecio la amistad de seres humanos entrañables, su presencia es fundamental para mí. Asimismo, valoro cada “sí” y “no” que he encontrado en mi ejercicio profesional porque también me han encauzado a este punto del camino. En definitiva, a todas las personas de mi vida, gracias desde el corazón.

Karla María Gutiérrez

Índice

Presentación , <i>por Karla María Gutiérrez</i>	17
Prólogo , <i>por Bernardo Barranco</i>	19
Introducción	29
1 Jano	35
Pobres, pobres, pobres	40
Lo que no faltó en nuestro hogar	43
“De lo peor juntado con lo de la calle”	45
De vuelta al redil	48
2 Bienvenida al mundo	51
3 Seminarista rebelde	54
Una nueva expulsión	59
Colisión entre estructura y carisma	61
Cumpliste, Señor	69
4 Coincidencias	74
5 Dios escribe derecho sobre renglones torcidos	84
Nuevamente en la incertidumbre	87
Cura universitario	89
Encuentro con la Madre Teresa	91
Un padre Amaro cualquiera	93
En el Vaticano con Pablo VI	96
Entre el matrimonio y la misión	97

Con Óscar Arnulfo Romero	102
Misionero de tiempo completo	106
6 En el camino	109
7 De vuelta a la pobreza	118
Una doble partida	121
La vida sigue su curso	124
<i>Tatik</i> Samuel	127
Con y por los pobres	129
Treinta y tres hijos e hijas	131
8 Metamorfosis	137
9 Istmo, epicentro y laboratorio migratorio	143
En el camino con César Chávez	144
De regreso a la universidad	145
Las ovejitas del rebaño también viajan en tren	146
El rostro del migrante	148
¿La Bestia?	150
Terapeuta de policías	153
Una tragedia inhumana	156
Conviviendo con los maras	159
Secuestros masivos, una pesadilla	162
Hermanos en el Camino	165
Una década en la ruta	167
Un migrante en el Vaticano	169
Un sacerdote haciendo política	173
10 Una radiografía de la migración	176
Éxodo forzado	178
El viacrucis	181
Hacia un nuevo horizonte migratorio	184
Hermana Leticia	188
Los Zetas y la industria del secuestro	191
Gonzalo	197
La respuesta de Solalinde	201
Operativos	203

Aliados en la misión	206
Abraham	207
Tiembra en Hermanos en el Camino	210
Revés desde el poder	212
11 “Sólo me podría parar una bala en la cabeza”	218
Primeras amenazas	218
En la mira de Los Zetas	224
Mi primera vez en la cárcel	228
Difamación y calumnias	231
El día que casi me queman vivo	233
Me echaron montón	245
Maras en el Istmo	250
De nuevo tras las rejas	252
El exilio	253
Advertencias virtuales	255
Vivir bajo presión	256
12 Riesgo de muerte	259
Contra viento y marea	262
Fama <i>in crescendo</i>	269
13 El Reino de Dios, la misión	277
Experiencias espirituales especiales	278
El Reino de Dios	284
Teología basiliar, mi pequeña aportación	291
Virgen María	296
Mujeres, sacramento del amor de Dios en el mundo	299
Papa Francisco	303
Agente de cambio	305
14 La teología del padre Alejandro	311
15 Setenta y tantos, y para adelante	319
Con las causas justas	322
Autodefensas en Michoacán	324
Faltan 43 en Ayotzinapa	325
Comisión de la Verdad	330

ÍNDICE

Migrantes <i>versus</i> Peña y Trump	331
Una muerte dolorosa	336
Un sacerdote de este tiempo	339
Hasta mi último aliento	347
16 Misionero en el camino	350
Alberto Donis, de migrante a alma del albergue	354
Desaparecidos	361
Iris Margot	364
Una vida intensa	368
Epílogo	381
Bibliografía y hemerografía	385
Índice onomástico	393

Prólogo

Bernardo Barranco V.

Conocí al padre Alejandro Solalinde en el invierno de 1974. Formaba parte de un grupo de estudiantes universitarios católicos, guiados por jesuitas e iniciábamos un trabajo de base, es decir, interactuar con situaciones reales de pobreza e injusticia del país. El objetivo era que jóvenes de clase media urbana tomáramos contacto con campesinos pobres y participáramos en tareas de estudio, investigación y apoyo técnico. El contacto era el párroco del pueblo, quien nos facilitaba el empalme con la comunidad. Algunas otras congregaciones llamaban estas iniciativas “misiones”. Cerca de treinta estudiantes fuimos a San Juan de las Huertas, en el municipio de Zinacapetec, un pequeño poblado a las faldas del majestuoso volcán Zinacantanpetl y cerca de Toluca, capital del estado de México. Llegar ahí era una odisea por el rústico transporte, camiones chimecos entre canastas y pollos que te picaban los talones. Eran tiempos del gobernador Carlos Hank González, el mismísimo profesor, uno de los baluartes del llamado Grupo Atlacomulco. Al ver llegar a tantos jóvenes al pueblo, los caciques locales se sintieron amenazados. En ese tiempo, la atmósfera del '68 estaba aún fresca. Al estilo *Canoa*, vieron a los universitarios como intrusos y denunciaron ante la policía la “sospechosa presencia” de entrometidos. De repente parte del grupo

fue retenido por la policía y llevados a los reparos de Toluca. Había desconcierto y consternación entre nosotros y el párroco del pueblo, buscó a un amigo sacerdote. Un cura influyente en Toluca, cuyo nombre era: Alejandro Solalinde. Este sacerdote de la diócesis de Toluca, pronto se comunicó con el poderosísimo obispo de Toluca Arturo Vélez y de inmediato los jóvenes fueron liberados. Don Arturo, hombre recio emparentado con los hombres de poder y la nomenclatura del Grupo Atlacomulco, había ordenado sacerdotalmente a Solalinde y le tenía un especial aprecio.

Delgado, distinguido, con suéter estilo César Costa, el joven sacerdote Solalinde se hizo nuestro amigo. Era sencillo y alegre, y conserva la misma mirada hasta ahora. Quién iba imaginar toda la relevancia que adquiriría, con los años, pues Solalinde ha sido una de las principales voces para visibilizar la tragedia de los migrantes, los abusos que se perpetran contra ellos y ellas, los intereses que confluyen para traficar con seres humanos. Desde un pequeño rincón del sur de México, Solalinde se ha distinguido por la defensa de los derechos humanos, la protección de los indocumentados centroamericanos y lucha contra las rapaces autoridades tanto de entidades envenenadas por funcionarios corruptos como instituciones federales. En ese frío invierno de 1974 cerca del nevado de Toluca, ni los jesuitas ni los jóvenes universitarios, sospechábamos que entre nosotros estaría una de las grandes figuras de inicios del siglo XXI que, por su valentía y perseverancia, rompe los moldes del sacerdote tradicional. Un religioso que llevaría su misión a los extremos, y ver constantemente amenazada su vida. Una persona que sigue radicalmente a Jesús y ofrenda su vida para amparar la vulnerabilidad del migrante y enaltecer su dignidad humana. En Centroamérica le llaman el padre Sol o el “Romero mexicano”, en referencia a Oscar Arnulfo Romero, el épico arzobispo salvadoreño asesinado arteralmente el 24 de marzo de 1980; figura que ahora el Papa Francisco ha elegido para su justa canonización.

Por ello, el valor del libro que tiene en sus manos radica en que va más allá del héroe religioso. El contenido de estas páginas son las revelaciones de un ser humano incommensurable que registra cómo el destino, o Dios, lo han llevado por caminos muy diversos y poco comunes a las de un sacerdote convencional. Muchas revelaciones de Solalinde, contenidas en este volumen no las sabía y nunca las habría imaginado. Dejo al lector descubrirlas. El libro narra en primera persona la senda de un actor religioso inquieto. Con serenidad, elocuencia y humor nos ofrece su vida. Es la vida de un pionero que explora nuevos senderos de misión en el seguimiento de Jesús. Acompañado de otros, la suerte del pionero es la soledad, la incomprensión. Nos muestra la fortaleza para levantarse y recuperarse ante la adversidad, el mismo Alejandro le llama resiliencia. Gran acierto de la editorial, que nos presenta un formato ágil y novedoso. Me refiero a los apuntes de la coautora Karla María Gutiérrez. Sus aportaciones son indispensables porque su mirada cuidadosa es externa, pero al mismo tiempo apasionada e interna también. Nos permite comprender mejor el personaje con atinados comentarios. Sus reflexiones *Una radiografía de la migración*, son valiosísimas. Es de apreciar que sus apuntes son fruto de investigaciones que ayudan al lector a contextualizar y profundizar ciertos temas, y aporta nuevos elementos e incluso anécdotas que escaparon de la narrativa del autor.

Además de las revelaciones, el libro habla de la ruta perseverante que hace Alejandro de Jesús también como un misionero itinerante. Solo resalto un factor que me parece central para entender la profundidad del padre Sol. Alejandro Solalinde ha cruzado los diversos umbrales de ideologías cristianas. Se inicia en el fundamentalismo católico del Yunque, pasa a posturas más moderadas hasta encontrarse con postulados de la Teología de la Liberación y la teología basiliar centrada en el Reino de Dios. La conversión es un don, sin embargo, en el caso de la vida de Alejandro, en su juventud, se encontrará con un personaje influyente

en su propia transformación, éste es Camilo Maccisse, un extraordinario carmelita que en su momento fue uno de los pensadores más agudos de la teología latinoamericana. En Roma como superior de los carmelitas soportó las regresiones conservadoras y la corrupción de la curia del Vaticano en los tiempos del pontificado de Juan Pablo II. Maccisse con el amor de un padre incide en la orientación del inquieto Alejandro, en ese momento tentado por la ultraderecha católica, quien experimenta la gracia de la conversión hacia la opción por los pobres. Históricamente el evento no es insólito ni mucho menos inédito. El emblemático obispo rojo, el brasileño Dom Helder Câmara (1909-1999), en los años cuarenta formó parte del catolicismo tradicionalista Ação Integralista Brasileira, que proponía el rescate de los valores de Deus, Pátria e Família. El Concilio Vaticano II en los años sesenta del siglo pasado, le abrió la mirada para ser artífice de grandes transformaciones pastorales y teológicas en la Iglesia brasileña. Lo encontramos a fines de los años setenta, calificado como traidor filocomunista por la dictadura militar brasileña. Alejandro tiene la ruta de la conversión de las grandes figuras religiosas de América Latina. Sergio Méndez Arceo en México experimenta el mismo proceso de mudanza en el Concilio y se abre al progresismo católico que le lleva a enarbolar el diálogo con el marxismo, alentar a los cristianos por el socialismo y desarrollar la solidaridad con los pueblos centroamericanos. En el caso de Samuel Ruiz, la una conversión es diferente, está definida por su apertura de corazón y de espíritu al mundo indígena. Enarbola con agudeza la inculturación con su propuesta de la Teología india. Fue una gran figura moral de mediación con el movimiento indígena del zapatismo a finales del siglo pasado. En el caso de Oscar Arnulfo Romero, obispo salvadoreño cercano al Opus Dei, su auténtica entrega pastoral al pueblo se ve obstaculizada por la constante represión del ejército y de escuadrones de la muerte. El hecho detonador de su cambio fue el asesinato de un sacerdote muy amigo de Romero, Rutilio

Grande. En adelante Romero ofrenda su vida por el angustiado pueblo salvadoreño. Hay diversas vías de conversión y muchos otros casos de actores religiosos, como, Camilo Torres, o laicos prominentes como el mexicano José Álvarez Icaza creador en su juventud del slogan “¡Cristianismo sí, comunismo no!”, que pasó después por el desarrollismo católico e incluso participó en el Concilio y fue una de las figuras prominentes de la teología de la liberación mexicana. Los cambios son parte del misterio en cada creyente. Alejandro Solalinde afirma en el libro que no quiere ser un sacerdote famoso, pero, es heredero de esta estirpe de grandes actores religiosos y de profundas conversiones, que en los documentos conciliares se define como: “La conversión, en sentido teológico, puede entenderse como el triunfo de la acción salvífica de Dios, que logra la respuesta del hombre en un grado tal de disponibilidad que éste experimenta «el arrancarse del pecado y ser introducido en el misterio del amor del Creador, de quien se siente llamado a iniciar una comunicación con Él en Cristo. El convertido, en efecto, por la acción de la gracia divina, emprende un camino espiritual por el que, participando ya por la fe del misterio de la muerte y de la resurrección, pasa del hombre viejo al nuevo hombre perfecto en Cristo” (Vaticano II: *Ad gentes* 13). Esta movilidad ideológica, teológica y espiritual es producto de una mutación que Alejandro explica con mucha claridad en el libro. Fruto de procesos personales y de grupo que interactúan con el entorno. Son opciones y giros a veces dramáticos que conforman parte de un proceso interno azaroso y espiritual, en circunstancias históricas muy específicas.

Alejandro no solamente denuncia los abusos del poder. Ni únicamente la defensa de los derechos humanos; su trayectoria sacerdotal desafía el clericalismo de la Iglesia que cuestiona al propio Papa Francisco como uno de los principales peligros para

el catolicismo contemporáneo. A lo largo de su vida, reflejada claramente en el libro, Alejandro Solalinde reivindica el derecho a la libertad. En el universo católico su pretensión es altamente subversiva. Es salirse del control patriarcal que ejerce una estructura muy vertical. Alejandro ha defendido desde su vocación, su formación inicial y su ejercicio sacerdotal el “vivir de otra forma como clérigo”. Ante una estructura cosificada, la Iglesia se ha mantenido cohesionada durante siglos, atravesada por las corrientes sociales y políticas de la sociedad. La opción de Solalinde es vista por la jerarquía como rebeldía y desacato, incluso como infidelidad. Detrás de la expresión recurrente en Solalinde “Misionero itinerante”, está la búsqueda de una nueva manera de ejercer un ministerio más abierto, pastoral y cercano a las personas en sus contextos. Solalinde se resiste a los convencionalismos eclesiásticos, al expresar que “No quiero ser un cura que administra sacramentos en alguna parroquia. Mi opción es involucrarme en los problemas de la gente y realizar incidencia política para generar nuevas leyes que acerquen la justicia a muchas víctimas”. Solalinde tiene clara su identidad eclesial y su apego a la misión de la Iglesia, pero objeta el sometimiento a los caprichos de un obispo. Sin embargo, sabe bien que nunca será obispo y que no estará incardinado alguna diócesis.

Recuerdo el reproche del obispo de Celaya Monseñor Benjamín Castillo Plascencia, quien calificó a Solalinde de “cura chicharronero”, en abril de 2015. También recriminó al padre Sol de “no acatar los dictámenes de la Iglesia católica ni mucho menos oye a los obispos y es protagonista porque quiere llamar la atención mediática”. ¿Por qué tanto encono del prelado celayense? Bueno, en un foro realizado en la Universidad Iberoamericana, campus León, Guanajuato, el padre Solalinde señaló que la Iglesia católica “es autoritaria y no escucha a los ciudadanos y sigue siendo chicharronera como en la Edad Media”. El obispo quiso revertir el adjetivo al propio Solalinde. En realidad, reprocha su

independencia y libertad, que está fuera del canon. El mexicanismo “aquí nada más mis chicharrones truenan”, hacen de Solalinde una leyenda eclesiástica. ¿Por qué no, padre Solalinde? ¿Llegará un día en la colegialidad que permita que los sacerdotes puedan defender con firmeza sus convicciones, criterios y decisiones ante las autoridades eclesiásticas? En ese sentido, el ex nuncio Christophe Pierre, en la antesala de una entrevista para mi programa *Sacro y Profano*, me manifestó su reproche al “protagonismo mediático” del Padre Solalinde. En la era de las redes es natural. Me pregunto si Alejandro no hubiera visibilizado su trabajo y sus denuncias, habría quedado a merced de sus malquerientes. El protagonismo mediático como escudo frente a las amenazas e intimidaciones, como instrumento para mostrar a la opinión pública las injusticias y los atropellos.

Alejandro Solalinde con su sacerdocio itinerante, embiste contra el clericalismo, aquel que proclama la autorreferencia narcisista del mundito religioso y que subordina a los laicos. También cuestiona el clericalismo como una corriente política filosófica, definida por el politólogo francés René Remond en su libro *L'anticléricalisme en France*, como: “la ambición y el comportamiento desacomodado del alto clero, de presión política para imponer privilegios y orientar con sus principios al resto de la sociedad”. Es claro que, salvo un milagro, Solalinde jamás será obispo. Felizmente, Alejandro recibió el respaldo de Papa Francisco, quien como se dice en el libro, conoce su trabajo y lo alienta a seguir. Pero no es garantía de posibles futuras querellas.

En el libro, Alejandro documenta sentidos reclamos a la clase política por falta de probidad, engolosinada con el saqueo privado de la riqueza pública vía la corrupción. La honradez política deteriorada de un gobierno que no quiere atender los recamos sociales. Entre muchos ejemplos dramáticos los vemos dibujados en el libro, tenemos los jóvenes desaparecidos en Ayotzina-pa, las autodefensas michoacanas, el maltrato a los migrantes, la

violación a los derechos humanos, los feminicidios, el asesinato a periodistas. Alejandro nos advierte que vivimos en una crisis ética sin precedentes en este país; hay dramas e indignación, hartazgo e impotencia que van más allá de la inseguridad y de la violencia que ha invadido nuestro entorno cotidiano; esta ola puede convertirse en un incontrolable tsunami. Recuerdo la sentencia del antropólogo Roger Bartra, que, de seguir así, la implosión que vivimos podrá convertirse en una explosión social, la nación está herida. Sin ambages, Alejandro Solalinde apunta a los responsables de esta madeja, a los señores de la política, los del crimen, los señores del dinero y los señores de los medios. El ciudadano común tampoco puede eximirse de su responsabilidad. Sin embargo, estamos ante una evidente pérdida de autoridad moral de los principales actores e instituciones que conducen y simbolizan el rumbo de la nación. Existe un claro desencuentro político. Es notorio el terreno pantanoso entre la regresión y el dudoso desempeño de las instituciones democráticas, como los tribunales, los institutos electorales, de derechos humanos, de transparencia, entre otros. Desde la cañería del sistema se pactan acuerdos, la clase política va tasando la realidad por cuotas de poder, repartos voraces y equilibrios imperfectos. Es el reino de los intereses particulares; estamos bajo el imperio de grupos cuyo móvil es el provecho propio. Siguiendo a Solalinde, la relación entre la ética y la política, que es un debate antiquísimo, se le ha rehuido por ser uno de los temas más espinosos por la falta de consenso del debate público. Es una discusión filosófica que se antoja fuera del alcance de nuestra clase política, intelectualmente pobre. La idea de crisis debe hacer referencia a la crisis de valores y a las huellas en la historia del pensamiento, es decir, al incesante cuestionamiento de los valores. Caracterizar nuestra dramática circunstancia como una crisis de ética consiste en tomar una posición con respecto al significado que le atribuye a la ética. En su texto *La política como vocación*, Max Weber define dos vectores: por un lado, lo que

llamó “la ética de la convicción” y la otra, “ética de la responsabilidad”; esto es, las perspectivas en que se asumen las consecuencias de las decisiones y acciones. Lamentablemente, la clase política mexicana no cubre los principios básicos ni mucho menos la vocación de la política como servicio. En su pragmatismo extremo, los políticos profesionales han perdido identidad, tradición y memoria. Los partidos se han mimetizado al grado de que los ciudadanos votan más por las cualidades de los candidatos que por los proyectos o tradiciones políticas. Igualmente, la responsabilidad social se ha perdido; nadie se hace responsable de nada ni de sus actos. La impunidad impera.

Los posicionamientos políticos de Solalinde son fundamentalmente ético-religiosos. Nos invita a recuperar una tradición perdida y abrir un debate más que necesario de la relación entre ética, religión y política. Así ha sido la vida de Alejandro Solalinde: envuelta en polémicas y torbellinos, también en luminosidades y solidaridad. Ha enfrentado a capos de trata, a bandas de narco-tráfico, ha librado linchamientos; amenazas de muerte reales y otros virtuales, vía internet, cortos exilios forzosos. Ha desavenido a la misma jerarquía eclesiástica que desaprueba su libertad de espíritu. Alejandro Solalinde es un hombre de fe, envuelto en las conversiones de grandes actores religiosos. Su fuerza y resistencia radica en el tenaz seguimiento del Jesús histórico, en aquel que vino a atormentar a los poderosos y consolar a los débiles. Solalinde hiperactivo y contemplativo, austero y millonario en vivencias no monetarias, revela en este libro como en ningún otro, la búsqueda incesante de cómo ser fiel a Jesús.

Introducción

Supera los setenta años y parece incansable, se mueve con agilidad de un lado a otro, tratando de recomponer el mundo. Es un sacerdote diferente, peregrino, único. A través de su propia conversión, encarna un paradigma de la capacidad humana de rectificar el camino.

Solalinde es un revolucionario, un ministro audaz, político y contestatario, nadie se le parece. Sin embargo, si se intenta franquear la controversia y polémica que genera, se advierte que hay mucho más que encontrar. Acercarse a su historia permite comprender una dimensión integral de su existencia, la que de ninguna manera es un efecto espontáneo o improvisado.

Se ha ido moldeando como el barro. El travieso niño delgado, que creció entre carencias y mutiló la fotografía de su Primera Comunión para no dejar evidencia de sus zapatos rotos, perteneció a una organización secreta de ultraderecha en su adolescencia. Tiempo después, de ser un seminarista humilde, reflexivo e idealista, se transformó en un cura aburguesado y bien parecido que mantenía una relación sentimental. En un momento decisivo no sólo optó por el celibato, también renunció a la comodidad material y eligió estar abajo, en contacto directo con el dolor de los más pobres, desde allí se mira distinto y la fe se experimenta de otra manera. Así conoció su nuevo rostro como misionero en el camino.

El padre Alejandro dejó de ser un presbítero subordinado para cuestionar a la estructura eclesiástica y convertirse en un agente de cambio que procura contribuir a la renovación de la Iglesia católica. Le avergüenzan las desviaciones y la corrupción en las entrañas del Estado del Vaticano, repudia la simonía y la degradación moral de algunos de sus integrantes. Contagiado por la teología de la liberación y el ideal de ser un misionero itinerante, rompió con el esquema de un cura tradicional para promover una Iglesia más cercana a la gente, profética, misericordiosa e incluyente.

El sacerdote es un signo de contradicción, se atreve a ser él mismo. Resulta difícil no tomar una posición respecto a él y lo que representa. Se le acepta o se le rechaza. Sus partidarios, creyentes y agnósticos, seducidos por su carisma y personalidad, lo reconocen como una verdadera autoridad moral por su férreo compromiso con los derechos humanos. Sus detractores, entre ellos personas del clero, consideran que está motivado por el protagonismo.

Su amado Jesús de Nazaret es su referente, he ahí la clave. No es posible entender a José Alejandro Solalinde Guerra sino a través de su fe. Se asume como un misionero y no como un activista, pero irónicamente hay quienes lo consideran un ícono del activismo. Como si su segundo apellido determinara su identidad, es un defensor combativo que libra batallas por sus causas y las de los derechos humanos.

Sensible, solidario e impulsivo, se rebela ante las injusticias e incongruencias y se empeña en incidir en el cambio. Involucrarse en la defensa de los transmigrantes lo proyectó a un escenario que jamás previó y que se diversificó en la ruta. Su reputación ha trascendido fronteras, en la prensa europea hay quien lo ha nombrado el *Nobel de los migrantes*.

Conmovido por la tragedia humanitaria que viven miles de indocumentados en tránsito por México, con el tesón que lo caracteriza, hace más de una década perseveró en fundar un albergue cerca de las vías del tren. El auxilio trascendió a la incidencia

política y, ante la urgencia de contar con un marco legal pro personas, el padre Alejandro fue protagonista en la configuración y promulgación de una ley migratoria.

Solalinde es una figura mediática de alto impacto en un país que sobrevive a la violencia, la corrupción, la injusticia, la impunidad, la desigualdad y la indolencia. En este contexto protesta, denuncia y censura las tropelías. No guarda silencio, no soporta la estridencia que le provoca el callar y logra captar la atención cuando alza su voz.

El misionero se desvive por realizar su cometido en una de las naciones más peligrosas del mundo. Si se considera la coyuntura mexicana, en donde las desapariciones, torturas y asesinatos son comunes, es de apreciar su coraje para denunciar abiertamente lo que considera nocivo. Solalinde habla y actúa desde su conciencia, despierta controversia sobre la migración, pobreza, política, injusticias, corrupción, impunidad, violencia, delincuencia, narcotráfico o asuntos de fe y de la estructura eclesiástica. Como profeta es un hombre valiente, está convencido de que la verdad debe defenderse, aún con la vida misma.

Un proverbio árabe reza: “Que nadie le diga lo que tiene que hacer a alguien que ya ha decidido cuál debe ser su destino”. Desde hace varios años Solalinde determinó su porvenir y sin titubear asume su compromiso, aunque le traiga maltratos y persecución. Ha sido encarcelado, golpeado y calumniado. Es una persona de interés con escoltas para su protección porque han intentado asesinarlo. El septuagenario está en riesgo por las innumerables amenazas de muerte en su contra, su cabeza tiene precio y es de millones de pesos. La lucha que encabeza lo fortalece y lo vulnera en simultáneo.

Son muchas las personas que conocen el rostro público del sacerdote postulado al Premio Nobel de la Paz 2017, sin embargo, pocas de ellas han entrado en contacto con su intimidad, más allá de los reflectores y la idealización.

Aunque en su exterior el padre Alejandro refleje aparente tranquilidad, en su interior suceden demasiadas cosas. Vive presionado y confrontado, su rutina transcurre en una vorágine de asuntos que se presentan de forma vertiginosa. Con una conducta hiperactiva atiende varios temas a la vez. Todo le es prioritario y a diario presta especial atención a su ordenada y saturada agenda que incluye actividades propias de su ministerio sacerdotal, la defensa de los derechos humanos y el acompañamiento a víctimas, entrevistas con la prensa, viajes nacionales e internacionales para cumplir con compromisos establecidos, conferencias magistrales y reuniones de trabajo coordinadas con diferentes personas para ocuparse de su quehacer.

Solalinde es un hombre afable de estatura media y tez morena clara. Su cuerpo es fuerte, le gusta ejercitarse todos los días y conserva buena salud. Camina seguro, apresurado, erguido. Se esmera en verse pulcro y vestirse de una forma austera, decorosa y sin lujos. Un elemento invariable es la cruz cóncava de madera que porta como símbolo del compromiso en su vida misionera.

El sacerdote es una persona sencilla, no posee automóviles ni propiedades, prefiere dormir en una hamaca y detesta involucrarse en temas de dinero, por eso ha delegado las inevitables tareas administrativas a las mujeres en quienes confía. Como misionero ha optado por caminar, quiere que su carga sea elemental para acompañar como pastor a la gente en las calles y en las vías. Es un apasionado de los seres humanos y está interesado en entender mejor su naturaleza.

Cuando se le observa en acción es posible intuir a un hombre de modales finos que habla con rapidez y voz serena. Desde hace muchos años, lleva consigo una pequeña libreta y un bolígrafo para escribir aquello que considera relevante de ser recordado, la memoria histórica es un recurso valioso para él. Se informa y está atento a lo que se genera en los medios de comunicación, considera vital saber lo que sucede para realizar su misión. Ama el

conocimiento y posee una gran curiosidad epistemológica. Puede dejar de comer, pero no de leer; aprecia tanto sus libros que es incapaz de desprenderse de alguno de ellos, son parte de él y lo único que no presta ni regala. En su biblioteca personal atesora la Biblia que lo ha acompañado durante años, obras de la Iglesia, literatura universal, poesía, revistas y artículos periodísticos.

La labor del padre Alejandro trasciende el tema migratorio, es un ministro no convencional y un líder nato capaz de cautivar a nuevas generaciones de jóvenes que ven en el sacerdocio una posibilidad para convertirse en agentes de cambio social. Su personalidad es magnética como un imán y atrae a quienes están interesados en las causas justas.

El hombre que creció en un barrio popular de la Ciudad de México y que conoce el sabor del hambre, reúne en una sola vida más experiencias que las acumuladas por varios hombres en conjunto. Ha compartido momentos con renombradas personalidades como Pablo VI, César Chávez, Óscar Arnulfo Romero, Teresa de Calcuta y el papa Francisco.

Esta obra se acerca a la intimidad de Alejandro Solalinde para revelar episodios elementales e inéditos de la vida de uno de los sacerdotes más controvertidos en México. El célebre defensor de derechos humanos, que pregonaba el amor incluyente y es capaz de ver a los victimarios también como víctimas, comparte sus vivencias con los lectores para que se aproximen a su misión. Se resiste a ser visto como un súper héroe, está consciente de que su existencia contiene contrastes y claroscuros, sin embargo, desea compartirlos con las personas para inspirarlas a su renovación. Está convencido de que si él logró transformarse, todos pueden hacerlo.

Alejandro Solalinde ha transitado del anonimato a la fama, de la mesura a la autoridad moral y la libertad de actuar, de residente a migrante, de la tranquilidad a la presión intensa, de la seguridad al riesgo mortal, del miedo al valor. Su metamorfosis

ha sido irreversible. Es un hombre sensible y apasionado, leal a sus causas, adverso a la calamidad, la miseria, la crueldad y el dolor. Se apasionó con sueños de libertad, justicia y esperanza. Su vida corre peligro, pero se siente libre y no tiene miedo, está dispuesto a morir por sus convicciones. La suya es una historia de conversión, fe, valentía y compromiso que escribe día a día en un mundo que es cínico y bello a la vez.

Jano

Soy un misionero incondicional del Reino de Dios. Soy un rebelde, un inconforme, una persona sensible que se conmueve, que llora y se derrite ante la bondad de la gente; pero soy el más fuerte, guerrero y valiente para defender la justicia. Soy obediente al Evangelio y he tratado de serle fiel. He descubierto poco a poco mi propio misterio: ver en mi condición humana la extraordinaria obra de la gracia divina y la acción de Dios. Soy una conciencia integral viviente que cada día experimenta la indigencia de entender y de saber. Soy José Alejandro Solalinde Guerra.

Mi vida es la historia de un imperfecto inútil que se convirtió en un imperfecto útil. Dios me levantó, me hizo creíble y valioso para su causa. Jesús y el Espíritu Santo, mis dos mejores amigos, me tomaron para transformarme en servidor del Reino de Dios. Obraron en mí una intervención integral: me sanaron el cuerpo y el alma, permitieron que viera, me enseñaron a caminar, a hablar, a vivir sin miedo. Me hicieron capaz de resucitar muertos a través de la fe, la esperanza y la confianza total en el Padre. Me contagiaron la pasión por valorar y revalorar lo que estaba perdido de la humanidad y disfrutar a mis semejantes como lo más importante; pero, sobre todo, mis amigos me enseñaron a amar, a dar y darme sin condiciones. Me obsequiaron el beneficio del ciento por uno en esta vida y me liberaron de mis demonios interiores.

Soy un hombre que cada día descubre y contempla en los seres humanos la riqueza en la diversidad, acompañada amorosamente por Dios. Soy un agente de cambio en las realidades variadas y complejas dentro de la estructura eclesial, donde la formación estandarizada no ha respondido a las necesidades del tiempo actual. He hecho a un lado su uniformidad, tuve que inventar mi propio camino y he procurado mantener la unidad y la comunión en lo esencial. Aunque algunos hermanos no me han aceptado a mí ni a mi misión itinerante, mis dos amigos me confirmaron dentro de la Iglesia concediéndome un sitio validado por el papa Francisco, quien por fin me dio un lugar dentro de ella, porque es necesaria una comunidad formadora integrada por una variedad de actores y respuestas pastorales.

Al compartir mi testimonio en este libro, no pretendo presentarme como un modelo a seguir para la formación del clero, no tengo recetas de cocina, sólo comparto que Dios propicia otros caminos y uno de ellos es el mío. Soy un revaluado y no un hombre creyente que se ha ido perfeccionando, porque la gracia no perfecciona; actúa directamente sobre la naturaleza humana de cada uno para que, pese a sus inconsistencias, ame, acepte a sus semejantes, los disfrute y los sirva. No obstante, mis limitaciones, defectos, errores, manías, impaciencia y egoísmo, en mi recorrido existencial aprendí a dejarme guiar por el Espíritu Santo hasta dar algunos frutos.

Nací el 19 de marzo de 1945 en Texcoco, Estado de México, porque ahí radicaban mis abuelos maternos, aunque siempre viví en la Ciudad de México. Mi familia me dejó muchas enseñanzas. Mis padres, Juan Manuel Solalinde Lozano y Bertha Guerra Muñoz, fueron amigos de Dios y generosos con todos. Él era un modesto profesor de barrio, optimista, honrado y enamorado de su trabajo. Ella, rica en valores humanos y cristianos, me inculcó la libertad, la autonomía, el respeto a los demás, la lucha por la justicia y valorar a las mujeres.

Los Solalinde de México provenimos de Miguel Sola Linde Farfán de los Godos, uno de tres hermanos españoles que llegaron a América en el siglo XIX. Los otros, Alfredo y Antonio –incluidos sus descendientes–, se establecieron en Argentina, Paraguay y Estados Unidos. Sobre el origen de nuestro apellido existen dos versiones: una que es de origen árabe y significa “sol sobre el lindero” y la otra que es producto de la unión de Sola y Linde.

Mi papá nació en 1911 en Toluca, Estado de México, ahí radicó hasta que se mudó en la adolescencia a la capital del país. Tuvo seis hermanos: Guadalupe, Jorge Luis, Jesús, Carmela, María Elena y Javier. Fue hijo de Guadalupe Lozano y Juan Solalinde, un periodista que colaboró con la *Prensa Asociada de los Estados*. Jesús y Rafael, los hermanos de mi abuelo, también fueron corresponsales de los diarios *Excélsior* y *El Universal*.

Aguascalientes fue el lugar donde nació mi mamá en 1914. Creció en un rancho en Polotitlán, pequeño pueblo del Estado de México, donde tuvo una infancia cómoda con sus padres Luis Guerra y Josefina Muñoz. Su hermano Raúl fue al Colegio Militar y alcanzó un buen grado como general, en cambio ella sólo terminó la secundaria, no le permitieron estudiar Medicina porque la escuela estaba en la Ciudad de México. En ese tiempo no era bien visto que una mujer fuera a la universidad, por eso tuvo instructores particulares para completar su educación. Uno de ellos fue mi padre, profesor titulado que enseñaba comercio, quien en 1930 fundó una escuela de capacitación para empleados de la Lotería Nacional para la Asistencia Pública en la calle Zarzo, número 22, de la colonia Guerrero, una de las más antiguas y populares de la capital.

Para poder impartirle clases a mi mamá, él tenía que viajar en tren hasta Polotitlán. La primera vez que mi papá llegó, ella fue a caballo por él a la estación, pero ajeno a la vida rural, no sabía ni cómo subirse al animal, menos cómo montarlo. No dejaba de burlarse de él porque era una experta jinete. La primera lección

se la dio ella al aconsejarle que se subiera al caballo por el lado derecho y que sujetara fuerte la rienda, el problema es que a él se le hizo fácil agarrar con una mano las correas y con la otra cargar su sombrilla; por supuesto perdió el control, se agarró fuerte a la silla de montar para no caerse y llegó todo adolorido a casa de mis abuelos. Cuando le ofrecieron un cubo de mantequilla, pidió que se lo envolvieran para llevárselo a su casa, luego se avergonzó cuando le aclararon que no era un regalo sino para aliviar las rozaduras provocadas por el trote.

Con el trato cotidiano los dos se enamoraron e iniciaron su noviazgo. Lo mismo hicieron mi tío Raúl, hermano de mi mamá, y mi tía Carmela, hermana de mi papá. En junio de 1939 todos se casaron en una boda doble en el templo del Sagrado Corazón de Jesús, de la colonia Roma en la capital. Así nacieron dos familias: los Solalinde Guerra y los Guerra Solalinde.

Mis padres eligieron vivir en la Ciudad de México. Su primer hijo nació en 1940 y lo nombraron Juan Luis. El más alto, corpulento y menos disciplinado de mis hermanos, fue bueno para cosas prácticas en el taller de carpintería y algún tiempo se dedicó a la enseñanza en la academia familiar. Se casó con María Susana Trejo, con quien procreó seis hijos: Araceli, Rosalba, Juan Luis, Claudia, Carlos René y Rafael. Es el único de nosotros que enfermó a causa del alcoholismo, por razones que desconozco.

Bertha Arcelia, la única mujer, llegó en 1941 y desde pequeña le decimos *Mana* o *Manita*. Es muy responsable, hogareña y de carácter fuerte; con su sueldo compró nuestra primera sala y se ocupó de algunos gastos en la casa. Estudió secretariado bilingüe con mi papá y se casó con Ernesto Betanzos, un gerente de la Compañía Nacional Provincial de Seguros, con quien tuvo dos hijos: Edgar y Mónica.

En 1943 nació Raúl, un hombre de fe probada, líder emergente y un pilar para mí; ha sido como mi segundo padre, a pesar de ser sólo un año y medio mayor que yo. Desde los doce años nos

apoyó con lo que ganaba como ayudante en un taller mecánico y auxiliar contable de pequeños negocios en el barrio. A los catorce, comenzó a trabajar en la Penitenciaría de Lecumberri, tiempo después ascendió a jefe de personal y cuando tenía veintitrés se graduó como contador. Durante un tiempo impartió clases en la academia de mi papá y se enamoró de Araceli Rosaldo Carmona, una de sus alumnas con quien se casó en 1972; su familia se completó con la llegada de sus dos hijas, Lisset y Brenda.

Mi hermano es tenaz, pese a varios obstáculos y casi sin apoyo, fundó con éxito su propia escuela en Toluca. Nació para compartir, ha costeado mis estudios y ha sido muy solidario conmigo en todos mis proyectos, en lo moral y económico. Es extraordinariamente generoso, jamás me ha negado nada, y mi cuñada también es una santa; no se han hecho millonarios porque han compartido todo de manera desinteresada con nuestra familia y con otras personas. Desde hace veinticinco años se dedican a su fundación El Pueblito de los Abuelos I.A.P que beneficia a casi trescientos adultos mayores en Metepec, San Bartolomé Tlaltemulco, Ixtapan de la Sal, Tenango del Valle y Atlacomulco en el Estado de México.

Víctor Manuel, mi hermano menor, nació en 1946. Es alegre, franco y muy formal. Desde adolescente trabajó en varios lugares para ayudar a la familia y, con la ayuda de Raúl, se graduó como abogado. Los dos estudiaron contaduría privada con mi papá y tienen muy buena relación fraternal y laboral. Víctor se ha consagrado por completo a sus hijas Olivia, Erika, Lorena y a su esposa Olivia Ballesteros, con quien se casó mientras él estudiaba la secundaria.

Yo soy el cuarto hijo de la familia y con orgullo expreso que tengo tres hermanos y una hermana. Siempre he contado con ellos, sobre todo con Raúl. Cuando éramos pequeños ellos me decían *Jano* porque no sabían pronunciar mi nombre, desde entonces mi familia me llama así.

POBRES, POBRES, POBRES

La situación económica en nuestro hogar fue siempre muy precaria para mi familia. Cuando mis hermanos y yo éramos muy pequeños, mi padre incursionó en algunos negocios. Vendió la escuela de capacitación para la Lotería Nacional y uno de sus hermanos lo convenció para invertir su dinero en una granja porcina. Lo hizo y vivió una amarga experiencia cuando todos los puercos enfermaron de cólera. Perdió todo lo que tenía y, sin un patrimonio, volvió a trabajar como profesor para poder mantenernos.

Mis queridos tíos Raúl y Carmela –que ya eran padres de mis primos Adriana, Héctor Gonzalo, Sergio, María Elena y Josefina Eugenia– tenían una situación más solvente y nos ofrecieron su ayuda para comprar una propiedad cerca de su casa en la colonia Anáhuac. A mi padre no le gustaba la zona y rechazó el ofrecimiento, nunca imaginó que por necesidad terminaríamos viviendo ahí en una vecindad de la calle Lago Xochimilco, número 9, en mi barrio bravo de Santa Julia. El lugar era muy pequeño y nosotros éramos siete en la familia; nos acomodamos como pudimos en dos cuartitos, la cocina era diminuta y tampoco teníamos baño adentro, estaba afuera al finalizar el pasillo y lo teníamos que compartir con los vecinos. ¡No era la vida que mi papá deseaba para nosotros! No tuvo de otra más que aceptar la ayuda de mi tío Raúl –su cuñado por partida doble– y nos mudamos a un espacio al fondo de su casa en la calle Lago Catemaco, número 6; ahí fue donde vi un teléfono por primera vez. Tiempo después pudimos rentar nuestro propio departamento frente al jardín salesiano, cerca de un santuario en honor a María Auxiliadora, en la calle Lago Xochimilco, número 47.

En verdad éramos pobres, pobres, pobres en términos materiales. Jamás tuvimos coches ni cuentas bancarias. Mi madre confeccionaba nuestras camisas de uso diario, estrenábamos un pantalón al año y los zapatos nuevos llegaban cuando el par an-

terior no servía. El día de mi Primera Comunión usé el uniforme de la escuela y llevé mi calzado muy bien boleado, pero con las suelas levantadas. Cuando era joven sentí tanta vergüenza al ver la fotografía –recuerdo del sacramento– que recorté la parte de abajo para que no se vieran mis pies con los zapatos rotos; años después me arrepentí de ese impulso.

Nunca tuvimos más de lo estrictamente necesario. Mi padre sólo podía comprarnos cosas a crédito y pagaba sus abonos cada mes. Era honradísimo, primero reunía el dinero para sus deudas, aunque no tuviéramos qué comer después. Su lema era “La responsabilidad es el impulsor de las grandes obras” y lo usó en la Academia Comercial Solalinde que fundó en ese tiempo. Amaba lo que hacía y, a cambio de bajas cuotas, formó a cientos de personas en carreras cortas como secretariado, secretariado bilingüe, taquimecanografía, auxiliar de contabilidad y contaduría privada. Ganaba dinero extra como maestro de ceremonias en festivales escolares, así nos consiguió becas en el Colegio América, una primaria particular a la que también apoyaba con su contabilidad.

Mi papá fue un hombre muy generoso, a veces ingenuo, responsable, educado, optimista y alegre. Cuando estaba de buen humor llamaba cariñosamente a mis hermanos *Juanillo*, *Manilla*, *Rulillo* y *Vitillo*. A mí me decía *Janillo*, pero cuando se enojaba conmigo –que era muy frecuente– me gritaba: “Ven acá desgraciado güerejo”, porque de niño mi cabello era claro. Fue un excelente jugador de ajedrez y un músico lírico que interpretaba precioso en el piano –gracias a las enseñanzas de una de sus tías– y fue autodidacta en el violín; cuando tocaba el instrumento, nuestro perrito se sentaba en sus piernas y lo acompañaba con sus aullidos, era muy cómico verlos. Tanto le gustaba la música clásica que nos interesó en ella y gracias a él me gusta muchísimo.

Algo que me encantaba de mi papá es que no le agradaban las formalidades, siempre irrumpía la solemnidad con su buen sentido del humor. Un día fue a visitar a su familia al norte y apro-

vechó para cruzar a Estados Unidos; cuando tenía que entregar su visa la cambió a propósito por una estampa de la Virgen de Guadalupe, el oficial de migración no entendió la broma y le dijo: “*Not the Virgin, I need your visa*” (no la Virgen, necesito su visa). En otra ocasión un amigo suyo le regaló un peluquín, él se reía mucho de eso y no quiso usarlo, aunque era calvo; finalmente se lo puso cuando fuimos a un concierto al Palacio de Bellas Artes. En el intermedio le dio calor, se quitó la peluca y la usó como abanico mientras se quejaba del clima, toda la gente estaba muerta de risa. Así era él, llamaba la atención en todos los lugares.

Mi mamá era más seria y formal. Nunca fue una señora catrina, era muy sencilla, jamás le gustaron los chismes, prefería leer, sobre todo, novelas clásicas. Se reconocía como ama de casa y nos enseñó a hacer las tareas del hogar. Fue muy querida y respetada en el barrio por ser generosa y servicial, sabía primeros auxilios y, sin importar la hora o el lugar, inyectaba o curaba a los heridos y descalabrados; a mí me suturó la cara cuando me caí a los cuatro años. Era tan abnegada que cuando le dio un terrible dolor de muela y yo me quejé de lo mismo, me mandó de inmediato al dentista; sin dinero para pagar otra consulta, terminó por sacarse ella misma la muela.

Fue muy buena cocinera, se esmeraba a pesar de nuestra pobreza; ella nos enseñó a cocinar y a comportarnos correctamente en la mesa. Antes de casarse tomó clases y aprendió a preparar todo tipo de platillos elaborados: mole, chiles en nogada, chilaquiles, jamoncillo de leche, ate y cajeta en cazos de cobre. Era increíble lo que sabía cocinar, en Navidad hacía bacalao noruego con romeritos, para nosotros era un lujo posible gracias a que cada año empeñábamos las máquinas de escribir Remington y Olivetti de la academia de mi papá. Uno de mis guisos favoritos era una riquísima pierna adobada con un puré de manzana delicioso.

Le agradezco que, aunque le costó mucho trabajo, se esforzó en enseñarme a comer de todo y, gracias a eso, hoy tengo una excelente salud:

—Alejandro, tienes que terminarte toda tu comida. Diosito la hizo con sus colores y sabores porque cada cosita que comes fortalece una parte de tu cuerpo.

—No es cierto, mamá. Yo odio las zanahorias, no me gustan y no quiero comerlas.

—¿Por qué no va a ser cierto? ¿Adónde crees que se van las zanahorias? Pues a tus ojitos, hijo.

—Está bien, me las voy a comer.

LO QUE NO FALTÓ EN NUESTRO HOGAR

Como familia convivíamos con la pobreza. Nos acostumbramos a tener una vida un poco provisional y efímera porque la academia de mi papá estaba instalada en nuestro pequeño departamento, durante el día era una escuela y por la noche nuestro hogar. No había sala ni comedor, la cocina era chiquitita, el baño era otra vez compartido —ahora con sus alumnos—, una recámara la ocupaban mis papás y la Manita, la otra era el taller de mecanografía donde mis hermanos y yo dormíamos, como no teníamos camas extendíamos colchonetas sobre las mesas de las máquinas de escribir.

Un aprendizaje familiar trascendente fue que, a pesar de tantas carencias, mis padres siempre mantuvieron las puertas abiertas a quien lo necesitara: indígenas, campesinos y personas pobres de provincia; con ellos compartimos la mesa y el suelo para dormir.

Recuerdo a Toña, indígena otomí de Zumpango de la Laguna, una señora muy humilde que llegó a vivir con nosotros. Como podía, mi mamá iba juntando algo del gasto para dárselo y Toña en agradecimiento le enseñó a preparar deliciosa comida tradicional en metate, comal y molcajete usando maíces de colores y mucha variedad de quelites.

Por su parte, mi padre hospedaba a algunos estudiantes foráneos y los becaba en su academia. Uno de ellos fue Raúl Hernández, joven indígena náhuatl de Huejutla, Hidalgo.

Yo era niño y me sentía incómodo con extraños, había cosas de ellos que no me gustaban porque no las entendía:

—Mamá, papá, ¿por qué esas personas tienen que estar con nosotros si no son de nuestra familia?

—Hijo, sí son tu familia, nada más que tú no los viste nacer. Ellos nacieron en otro lugar, pero como tú, son hijos de Dios y los vamos a tratar bien —contestó él.

Así aprendí a abrirme a otras culturas y personas diferentes. Años después, cuando estuve en el seminario pude comprender esto. Cómo me duelen tantas groserías que hice cuando niño y cuánto costó a mis padres inculcarme la aceptación y la hospitalidad. ¡Mis nalguitas son testigo de ello!

Otra lección fundamental llegó por parte de Berthita —así le decíamos a mi mamá en casa—. Ella me dejaba pensar por mí mismo, me enseñó a ser libre y a defender mi libertad. Alguna vez nos contó la razón de porqué era así: “Hijos, mis padres me tuvieron muy restringida por ser hija y por ser mujer, yo no quiero eso para ustedes, quiero que sean libres. Conmigo no van a pedir permiso nunca, no les voy a decir que no se vayan, pero sí me van a avisar lo que hacen”. Eso de ninguna manera significó un libertinaje para mí, Berthita mantenía una buena comunicación conmigo y siempre estuvo pendiente de con quién me juntaba. Cuando le dije que un amigo se emborrachaba, citó el buen ejemplo de mi papá: él jamás se embriagaba, sabía disfrutar una cerveza o el pulque que le encantaba, pero sin excederse. Ella, en cambio, sólo tomaba agua natural.

Otro día le platiqué:

—Oye, mamá, fíjate que un conocido me dijo que fuma marihuana.

—¿Tú sabes qué es eso?

—Pues no.

—Es una droga y eso no es bueno para ti.

—Entonces ya no me voy a juntar con él, mamá.

—No, Alejandro, sí te vas a juntar con él y vas a aprender a juntarte con todas las personas, pero sin hacer lo que ellas hacen. Si sabes que es algo malo diles que no y no lo hagas. ¿Algún día te ha invitado de su droga?

—No, nunca.

—¿Y qué vas a hacer el día que te ofrezca, hijo?

—Pues le voy a decir que no.

—Muy bien, eso es lo que tienes que hacer.

Las lecciones no cesaron en esa etapa. En 1957 tenía doce años y atesoraba siete pesos que mi padrino Jorge Solalinde me regaló. Todos los días contaba mi dinero y lo escondía, iera muchísimo para mí!, incluso para cualquier otro niño con mejor situación económica. Como era frecuente en casa, una noche sólo cenamos té y tortillas porque mis papás no tenían para comprar pan y leche. Berthita sabía que tenía ese dinero, pero jamás me lo pidió y yo, aunque sentí el impulso de entregarle las monedas, no lo hice. En la madrugada del 28 de julio un terremoto de magnitud 7.7 dejó cientos de muertos y mucha devastación en la Ciudad de México. Me impresionó mucho, sólo al ver la tragedia y el sufrimiento pude desprenderme de esos pesos para comprar comida. Esa experiencia me enseñó lo efímero de la vida, desde entonces decidí no acumular bienes materiales y comencé a ser resiliente.

“DE LO PEOR JUNTADO CON LO DE LA CALLE”

De niño fui traviesísimo, era de lo peor juntado con lo de la calle. En mi barrio me apodaban *Pajarraco* y era tan inquieto que mis padres recibían muchas quejas por parte de los vecinos.